

L a c o s t u r e r i t a q u e d e r r o t ó a l c i n e

Reconozco que utilizar el término "costurera" en diminutivo, convoca de modo inevitable asociaciones picantes y pecaminosas, provocadas por la modistita aquélla que dio el mal paso famoso. Nada que ver, sin embargo, con la persona que va a comparecer aquí.

El diminutivo obedece exclusivamente a razones muy entrañables, que en la lectura misma irán apareciendo y explayándose.

Cuando yo era niño chico -tendría alrededor de cinco años o seis, no más- iba a casa con regularidad una modista que, como era bastante corriente entonces, se pasaba la tarde entera o aún el día desde la mañana a la nohcecita, confeccionando un vestido o una prenda que alguna mujer de la casa necesitaba.

Esta modista era de nacionalidad española; diría mejor: de nacionalidad españolísima. Las mentas familiares pretendían que era originaria de Galicia; pero hoy, rememorándola a la distancia -y la tengo bastante presente y hasta escucho su acento- tengo para mí que debía ser, mucho más que gallega, andaluza de pura cepa. Lo deduzco por la gracia que derramaba al hablar, por el colorido de sus relatos, la chispa, el ángel, la alegría salerosa que a mí me la emparentan más con la gente del sur español, ese sur soleado y mediterráneo, que produjo un número cuantioso de poetas, de pintores, de músicos; y yo creo que esta mujer, sin saberlo ella misma, era las tres cosas a la vez, mucho antes que costurera a domicilio.

Pero además llevaba con gran donaire un nombre impresionante, que era ya todo un alarde andaluz. Se llamaba (y hago aquí un alto respiratorio, porque conviene desenrollarlo todo entero, sin pausas ni cortes publicitarios) María de la Soledad Milagros Angustias Remedios Leocadia Taboada Aream.

Yo no sé si vive aún esta señora de tanto nombrerío, porque nunca más la vi, como no fuera en mi memoria agradecida. Si viviera, tendría que ser ya muy viejecita, y mucho me gustaría saber que aún sigue en pie con su salero y su ángel andaluz a cuestas (sí: andaluz, estoy seguro).

El día que se instalaba esta mujer en mi casa, era para mí, para mis hermanas y hasta para mi madre, un día de fiesta nacional. Porque la casa se llenaba de pajaritos y de campanillas y de mariposas que volaban de aquí para allá. Todo lo que veía a diario como cosa habitual y grisácea, quedaba de golpe transfigurado en luminarias, gracias a tanta jarana, risas y ocurrencias sin término.

Doña María de la Soledad Etcétera era como un pozo vivo de cuentos, historias, leyendas, que llevaba como a flor de piel -se ve-, porque las sacaba a luz con una facilidad pasmosa; y la casa quedaba alocada, encendida por obra y gracia de la gracia de aquella parladora, que además salpicaba sus relatos y dichos con chistes y ocurrencias de momento que no paraban nunca.

Pero afirmé que esta mujer derrotó al cine, lo que parece mucho afirmar. ¿Esto quiere decir que cuando ella venía a pasar el día a casa, ni ganas daban de pensar en ir al cine por ser esta costurera tan animada, tan divertida? ¡Ah, si fuera eso solo! Era mucho más, ciertamente. Su gran pasión, su placer fruíoso consistía en contar películas; enteritas, de punta a punta sin saltarse ni una escena. Pero digo mal cuando digo desvaídamente "contar películas": lo que hacía esta prodigiosa maga era proyectarlas con la mayor minucia en una pantalla imaginaria

que desplegaba con toda su anchura ante nosotros. (Ella inventó sin duda el Cinemascope, mucho antes de que se les ocurriera tanto más tarde a los estadounidenses).

Mientras María de la Soledad Milagros Angustias ponía un hilván acá, daba una puntada allá, o cortaba el largo de una tela, empezaba a reconstruir la película recién estrenada -que ella había corrido a ver antes que nadie-; y lo hacía con tal deleite, tal gozo de narrar y tal pasión oral, que los sucesos y los personajes iban apareciendo ante nosotros con impresionante vividez, tan realzados de color y de vida que los veíamos, sí señor, los veíamos con mucha mayor intensidad que si aparecieran en cualquier pantalla verdadera.

Ríanse de Hitchcock. El famoso suspenso tampoco es invento de él, ¡qué va a ser! Hitchcock se lo robó descaradamente a esta andaluza, que era reina absoluta en el arte de crear expectativas angustiosas, de dejarte con el alma en vilo, comiéndote las uñas y con la respiración cortada. Sabía bien, la muy astuta, demorar el desenlace de una situación extrema, mientras ella, segura de que nos moriríamos de angustia, derivaba la historia por otros caminos, cosa de dejarnos un buen rato sin aliento. ¿Qué otro resorte empleó, muchos años después, el presunto creador del suspenso, plagiarlo impúdico?

¡Y cómo contaba aquella mujer los duelos a espada, por ejemplo! Se escuchaban clarito los aceros chocando, el ¡ay! de la herida, el goteo de la sangre en el piso. ¡Y los besos de amor! Allí aprendí, puedo asegurarlo, una cantidad de secretos labiales que ni me imaginaba. La andaluza ponía pasión en esos besos, era detallista hasta el milímetro, entraba en trance erótico genuino: uno sentía, sin duda posible, que en ese beso los dos amantes ponían la vida hasta su raíz misma y se entregaban el todo por el todo. (Como debe ser, según aprendí viéndola).

Nunca me olvido de una película que María de la Soledad nos contó una vez, con toda la familia rendida ante su palabra. La protagonizaba aquel mexicano y cantor, galán que hacía furor entonces, y que después de probar hasta saciarse las glorias de este mundo, decidió entrar de cura, dejando viuda inconsolable a la mitad femenina de Latinoamérica: el irresistible José Mojica.

Pero nuestra costurerita andaluza no sólo nos contó la película: también la cantó, canción por canción sin faltar ninguna. Y encima, imitando a Mojica en sus gestos e inflexiones. El cantor, que sabía con qué bueyes araba, se preocupaba muy bien de hacer resaltar, viniera o no a cuento, su dentadura prodigiosa; de modo que ella también nos mostraba la suya, que era -hay que decirlo todo- pésima réplica del original. De todos modos, nos describía uno por uno aquellos dientes blanquísimos y milagrosamente regulares. Al hacérselo ver, jamás decía "dientes como perlas", y otros lugares comunes por el estilo. Con la facundia y el gusto por exagerar de una andaluza legítima, ella acudía a hipérbolos desmesuradas sin fijarse en el absurdo en que incurría de muy buena gana. Comparaba a este diente con un diamante, al otro con un topacio, al que le seguía después con un rubí y el canino siguiente era talmente una esmeralda, sin preocuparse para nada del disparate colorístico que acababa de soltar. Nosotros, sus auditores, en lugar de burlarnos del ridículo muestrario, nos embobábamos con la perfección de aquel atributo odontológico que hacía del mexicano un varón sin par posible.

Una vez me ocurrió que, a los pocos días de "estrenada" una película de Mojica en mi casa por obra y gracia de esta relatora chisporroteante, fui al cine a ver el mismo filme en la pantalla verdadera. ¡Nadie puede imaginarse mi colosal decepción! ¿Pero sería la misma película que yo acababa de ver y oír y llorar y sufrir, sentado a los pies de mi costurerita? ¡Nunca vi nada más soso, opaco y sin gracia, que aquella versión visual y sonora proyectada en el "biógrafo" del Centro! ¡Qué historia estúpida, mal contada, sin tensiones, sin contrastes, laxa, monocorde! Y el pobre José Mojica del filme daba realmente lástima: era un burdo galán de hojalata, un cantor de pastafrola. Y sus famosos dientes, que en mi casa eran prodigio supremo de la pedrería, en el biógrafo hasta cariados y amarillos me parecieron. ¡Es que esta andaluza

mejoraba al cine, lo llenaba de luces y reverberaciones! Por eso era preferible a cualquier exhibición que uno pudiera encontrar por ahí, en las tantas salas que por aquellos días empezaban a proliferar en el Montevideo que recién conocía el cine sonoro.

Yo contraí una deuda inmensa con mi nunca olvidada María de la Soledad Milagros Angustias Remedios Leocadia. Muchas veces me he dicho que si a mí me dio por escribir, por dedicarme mal o bien a la literatura, fue también a causa del ejemplo vivo que ella desplegó ante mí entre costura y costura. Porque gracias a esta mujer portentosa, yo bebí muy temprano una experiencia verbal reveladora. Ella fue quien me comunicó una fe incommovible en la palabra y en su capacidad de erigir universos enteros.

Esa confianza en las potencias de la verbalidad es, al fin y al cabo, la fuente última de toda literatura. Porque nadie puede ser escritor si no está traspasado del convencimiento de que la palabra es capaz de levantar mundos y que tiene poderes que deben llamarse mágicos.

Lo digo de otro modo: nadie tuvo que explicarme nunca, llegado a mayor, lo que la palabra es y permite. No fue necesario porque la recogí ahí, lo palpé con las vísceras, recibí de esta modista de oralidad deslumbrante la evidencia directa; y la recibí, además, bañada en una sabrosura, una alegría, una fruición tan contagiosa, que lo verbal se me instaló sin más en el centro mismo de lo que soy.

Estas lecciones imborrables que me impartió la prodigiosa modista andaluza (sí, claro que lo era), las recibí, además, en una época que empezaba a hacerse crítica para la palabra. Porque aproximadamente por esos años comenzaba la irresistible ascensión de la imagen, la invasión de la visualidad, tan característica de este siglo. Y correlativamente comenzaba a la par el desmedro progresivo de la palabra, que hoy ha llegado a niveles afligentes, y que la van dejando cada vez más acorralada, más descaecida. El lenguaje se empobrece día a día, cada vez se usan menos palabras y cada vez peor, hablamos lo mínimo, nos comunicamos apenas lo indispensable; vamos prefiriendo el gesto, la mueca, la morisqueta o el gruñido, antes que hablarnos.

Y yo dudo de que haya un disfrute comparable al de escuchar a alguien que sepa conversar, que relate con gracia, con colorido, con frescura, con humor, sabiendo elaborar sus temas y desenvolverlos con propiedad y encanto.

Por aquellos años, y quizás hasta cuando fui un niño bastante mayor, era posible la existencia de un espectáculo que por cierto hoy se nos hace inconcebible. Venía periódicamente a Montevideo un español que se había hecho famoso en el mundo por su habilidad superlativa para la conversación amena y venturosa. Se llamaba Federico García Sanchiz, se presentaba en algún teatro nuestro -e indefectiblemente lo llenaba- y lo único que hacía era sentarse en un sillón en el escenario y durante una hora y media... conversaba. Relataba sus viajes, las costumbres de los pueblos, contaba anécdotas, relataba historias y leyendas, rememoraba mitos e interponía reflexiones, todo ello salpicado con vivacidad, salero y, naturalmente, con un incomparable humor. (¿Sería andaluz, como mi costurera?)

Me cuesta admitir que este arte bellissimo de la comunicación oral -la charla, la conversación- se haya perdido para siempre. Pienso, más bien, en un eclipse momentáneo, provocado por la avasallante irrupción de la imagen, por cierto seductora y atrapante, quién lo duda. Pero me digo que, pasada esa explicable fascinación visual que hoy sigue imperando, las aguas volverán a su cauce y la palabra recuperará su lustre y su función en la comunicación humana. No volverá a tener el imperio de antes, de eso no cabe duda; otra será su misión y otra su manera de cumplirla. La palabra deberá acotar, deslindar, su nuevo territorio,

cediéndole a la imagen aquello que la imagen tiene de insustituible, pero reservándose para sí los dones que son privativos del habla, y que la imagen, por más que se lo propusiera, jamás podría alcanzar. Así, desafío a la imagen a que comunique con inequívoca claridad conceptos tales como "ser o no ser", "la caridad bien entendida empieza por casa", "re-formarse es vivir", "el saber no ocupa lugar" y tantísimos otros. La desafío igualmente a que describa estados de ánimo, movimientos de la emoción, impulsos de la interioridad que son irreductibles al orden visual. O que alcance la vivacidad, la inmediatez, del contacto de ser a ser que sólo la palabra y el gesto aunados pueden producir cabalmente.

Porque es ingenuidad suprema suponer que la imagen lo puede todo, o que una cultura honda, una cosmovisión entera, puede fundarse únicamente sobre los cimientos de la pura visualidad.

Lo diría de otro modo: a la mitad segunda de este siglo, que ha sido la del apogeo de la imagen y el desalojo de lo verbal, lo que le está haciendo falta es una inmersión en las fuentes e instrumentos que la costurerita andaluza llevaba en sí con tanta naturalidad como alegría. Recuperar lo mejor de María de la Soledad Milagros Angustias Remedios Leocadia, sería un lema apropiado para los días que corren.

Pero no creo que sólo al hombre del siglo XX le esté haciendo falta recuperar los dones verbales de aquella modista a domicilio. Pienso que, más particularmente, lo está necesitando el hombre uruguayo. Ya es un cansador lugar común hablar de la grisura esencial que el uruguayo padece: gris su apariencia exterior, grises sus calles, sus casas, y sobre todo -se dice- gris su idiosincrasia.

Esa grisura fundamental, que ha sido nuestro distintivo, también se manifiesta en el habla (no podría ser de otra manera). Solemos hablar con un volumen medio, en un tono preferentemente monocorde, tratando de no usar palabras detonantes. Nada de estridencias, poca coloración en el decir, una elocución apenas matizada.

Yo creo que han operado dos factores concurrentes -aparte de circunstancias históricas concretas-, ambos coincidentes en el tiempo, para que el uruguayo adoptara esa grisura que lo caracteriza. Su origen habría que situarlo en la segunda mitad del siglo pasado (muy diferente era el hablar de nuestra gente con anterioridad a ese momento). ¿Qué ocurrió entonces?

Por un lado, lo que José Pedro Barrán denominó certera-mente el "disciplinamiento" de la sociedad uruguaya, que él sitúa a partir de la década del 60 del siglo XIX. Un cambio decisivo se introdujo entonces en nuestra moral y en los comportamientos sociales. Al instalarse entre nosotros la economía capitalista -que reclama gente aplicada con rigor extremo al trabajo productivo-, se buscó ponerle un freno implacable a los impulsos que habían sido hasta entonces distintivos de nuestra gente: la espontaneidad, la naturalidad, la liberalidad de las costumbres, el disfrute del ocio, la entrega a los excesos del amor. A partir de aquel momento, comienza una verdadera "domesticación" (o más bien "doma") de nuestros hombres y mujeres, para convertirlos en trabajadores sometidos a los rigores de una disciplina indispensable en la nueva forma de producción que se implantaba entre nosotros a marchas forzadas.

Pero disciplinar, domesticar, es también agrisar. Incluso uniformizar. Hombres y mujeres deben someterse a parecidas normas de comportamiento, deben coincidir todos en el acatamiento a idénticos valores. Lo diferencial, lo colorido, la espontaneidad imprevisible, los arrebatos del instinto, conspiran contra la necesaria moderación e igualación de las conductas humanas.

Y paralelamente a este disciplinamiento sin duda agrisador, y coadyuvando con él, comienza en el país el auge absorbente de una visión racionalista, positivista del mundo, favorecido por la debilidad relativa de la Iglesia uruguaya. El positivismo caló muy hondo en nuestros sectores cultos; pero desde ellos se filtró luego hacia el sentir general a través de la educación, el periodismo, la política. Se fue modelando así una mentalidad predominante, muy atada a un mirar riguroso de la realidad, con escaso margen para el vuelo imaginativo, los juegos de la fantasía, los fueros de una visión poética del mundo. En ese clima mental y moral se formaron incontables generaciones de uruguayos. Y aún cuando el racionalismo positivista perdió vigencia como corriente filosófica, su marca, su estilo de manifestarse siguió imperando de modo invisible o subrepticio, y se prolongó casi hasta nuestros días, aun entre la gente considerada progresista.

Tal vez por la tiranía con que se nos impuso esta marca, yo aprecio tanto lo andaluz, que se halla en las antípodas mismas de la grisura uruguaya y de sus causas históricas (aunque hoy esté desmonetizado en un mundo y en una España que aprecian por sobre todo el pragmatismo, la eficiencia, el rendimiento, la practicidad). Tal vez necesitemos los uruguayos fuertes dosis de andalucismo (no el andalucismo, por favor, de pandereta y castañuelas, sino el que permitió la floración más portentosa que haya dado la poesía, el arte y la música españolas a lo largo de varios siglos). Necesitamos con premura, para compensar nuestras carencias de décadas, la visión luminosa, la extroversión, el gusto por mostrarse a los demás, la fruición por la hipérbole, la exageración colorística y la desmesura fantasiosa, la vocación metafórica, la exaltación dichosa de lo sensorial o sensual (¿existirá algo más antiuruguayo que todas estas cualidades que acabo de enumerar?).

Y noto con alegría que entre los nuevos signos del cambio que parece advenir en el uruguayo, aparecen muchos de estos rasgos que vendrían a redimirnos por fin de nuestra secular grisura, tan nefasta por donde se la mire.

Esto lo puedo expresar de otro modo, para mí más cálido y entrañable: tal vez el uruguayo que adviene me devolverá alguna vez la imagen infantil y dichosa de aquella mujer que iluminó mis días tempranos con el descubrimiento de la verbalidad. Es como si la oyera aprestarse a revivir, como si de nuevo la fuera a tener sentada en el centro de mi casa, prodigioso árbol verbal poblado de pájaros relumbrantes que no callarán ni dejarán de revolotear en la luz.

Nota: No bien terminada esta audición, recibí en la misma radio un emocionante llamado telefónico de un familiar de María de la Soledad, donde me confirmaba su rotundo origen andaluz (había nacido en Jerez de la Frontera) y me informaba de su ya lejana muerte.

